

La anti-filosofía de Wittgenstein

Crescenciano Grave

Alejandro Tomasini Bassols, *Enigmas filosóficos y filosofía wittgensteiniana*. México, Grupo Editorial Interlínea, 1995.

De todas las creaciones espirituales del hombre (arte, religión, ciencia, filosofía) quizás a ninguna le haya interesado tanto justificar su propia existencia como a la filosofía. El asombro originario que la despertó y que le llevó a plantearse algunos problemas considerados de su incumbencia exclusiva pareciera no ser ante sus propios ojos justificación suficiente de su existencia. La filosofía quiere reivindicar su derecho a la existencia no sólo planteando problemas sino también resolviéndolos. En esta última pretensión es donde la filosofía se vuelve blanco de ataques desde distintos frentes; sin embargo, los más interesantes de éstos son los que se hacen desde la filosofía misma.

La historia de la filosofía se ha ido conformando en la medida en que, a partir de una raíz inquisitiva común, los filósofos han establecido y confrontado diferentes respuestas. El carácter agonístico de éstas y la impronta de la historia económica y cultural en la aparición de nuevos problemas ha ido tejiendo poco a poco la historia de la filosofía.

En el siglo XIX Hegel realizó el formidable intento de concebir a la historia de la filosofía no como una mera colección de opiniones yuxtapuestas sino como un sistema orgánico; como una evolución concreta que la filosofía misma no sólo podía sino debía conocer para saber-se a sí misma. Aquí la filosofía se ve como evolución comprensiva y como conocimiento de su propia organicidad y, por lo tanto, a mayor recorrido en la evolución más perfección en el conocimiento. Está de más decir que desde esta perspectiva la propia filosofía de Hegel era precisamente la culminación y, por lo mismo, la forma más perfecta de esa evolución concreta. Con Hegel la filosofía se realiza en el sistema omnicomprendido y en la determinación de su propia identidad.

Otra visión posible sobre la historia de la filosofía es la siguiente. En sus distintos periodos la filosofía se ha entrampado a sí misma; se ha trabado con ciertos problemas que la tienen dando vueltas sobre sí misma hasta que aparece

alguien que desplaza el centro problemático, alguien que desbroza, que a fuerza de crítica corta los matorrales obtusos y despeja un nuevo camino para que la filosofía continúe su rumbo. De este modo obraron, por mencionar unos ejemplos, Aristóteles al culminar la filosofía griega, santo Tomás de Aquino en la Edad Media y, sobre todo, Kant frente a la polémica entre el racionalismo y el empirismo modernos. En esta perspectiva la historia de la filosofía es un camino crítico: de tarde en tarde aparecen en ella pensamientos que la llevan a cambiar la ruta.

Creo que Alejandro Tomasini simpatiza más con la segunda imagen de la historia de la filosofía. En efecto, de acuerdo con él, Ludwig Wittgenstein es uno de los genios revolucionarios de la historia del pensamiento. De acuerdo con el propio Tomasini:

El tema central del libro lo constituye el original modo de pensar y hacer filosofía del último Wittgenstein, así como algunos de los resultados a los que condujo en ciertas ramas de la filosofía, y el objetivo principal del libro es mostrar, por medio del tratamiento de problemas filosóficos concretos, de qué manera la posición labrada por el insigne pensador austriaco representa una auténtica y radical ruptura con eso que llamamos “filosofía occidental”. (p. 12.)

Para mostrar su tema y lograr su objetivo Tomasini nos ofrece la síntesis de algunas ideas, todas ellas importantes y algunas realmente claves, que constituyen “enigmas filosóficos concretos” y nos muestra, también, lo que queda de estas ideas al contrastarlas con la respectiva posición de Wittgenstein. Los enigmas los obtiene Tomasini de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, luego nos presenta —desde dentro de los autores mismos— dos posiciones clásicas sobre el tema en cuestión y, por último, volviendo a las *Investigaciones filosóficas* nos expone, por la vía del contraste, la alternativa de Wittgenstein que viene a resolver o, mejor dicho, a disolver el enigma.

Cabe mencionar que en dos ocasiones, al tratar los problemas de la esencia del lenguaje y la sustancia del mundo, uno de los autores clásicos a contrastar es el propio Wittgenstein ya que éste, como ejemplo de honestidad y esfuerzo intelectuales, es considerado, además de Platón, como el único pensador de primera línea que habiendo construido una sólida filosofía la sustituye luego por otra de carácter pretendidamente superior. (Cf. p. 160.)

Por otra parte, una de las cualidades del texto de Tomasini es que en la descripción de las teorías filosóficas clásicas entretiene algunos cuestionamientos, o sea, aquellas preguntas que la exposición suscita pero que el filósofo de que se trata no sólo no formula sino que, atrapado como está en la pretensión de resolver un pseudo-problema, no puede ni siquiera vislumbrar.

Este procedimiento no se usa en el caso del último Wittgenstein ya que precisamente con él pretende Tomasini disolver algunos de los enigmas planteados por la tradición.

Aunque no desprecia a la tradición —su respeto por Platón, Aristóteles, Locke merece destacarse— su propósito es radical. Para él la crítica de Wittgenstein no significa discernimiento o delimitación, como en Kant, sino demolición.

Para Tomasini la filosofía tradicional se puede caracterizar como “un conjunto abierto de perplejidades y enigmas generados por graves confusiones concernientes a la gramática en profundidad de nuestro lenguaje”. (p. 209.) Deshacer estas confusiones, no tanto por el lado de encontrar la respuesta universalmente válida a un supuesto problema, sino por el camino de “abordar los problemas filosóficos desde la perspectiva de la filosofía del lenguaje” (p. 114), caracteriza la labor destructiva de la filosofía wittgensteiniana. Así, no se trata de sustituir una tesis por otra, ni de proponer una teoría en lugar de otra; se trata de estimular la reflexión como una labor aclaratoria de los pensamientos: de deshacer, mediante el análisis gramatical, los embrollos en que la propia filosofía se ha metido. En este sentido el trabajo del filósofo analítico no es el de producir nuevas teorías filosóficas sino el de destruir las tradicionales mediante su aclaración crítica. Y a lo largo de todo su libro Tomasini nos muestra cómo para esta aclaración la noción de juego de lenguaje —“conjunto de términos que queda caracterizado en función de las acciones de los hablantes y con las que las palabras en cuestión están relacionadas” (p. 31)— y la noción de forma de vida —“las actividades socialmente sancionadas, asociadas con los juegos de lenguaje” (p. 31)— son imprescindibles.

Requisito indispensable para la disolución de los enigmas filosóficos es enfocarlos desde la perspectiva del lenguaje, comprendido éste no como una esencia determinante sino como algo movable cuyo significado está en relación con su utilidad en la vida, en el conjunto de actividades socializadas y transformadoras de los hombres, o sea, en la praxis humana. Así, lo que los hombres, los usuarios del lenguaje, llamamos real es lo que nuestro sistema conceptual designa como tal. El lenguaje establece, en tanto juego que sigue ciertas reglas que a su vez responden a una determinada forma de vida, lo que se puede decir y lo que no se puede decir, lo que se puede experimentar y lo que no se puede experimentar, es decir, el sentido de lo real siempre es un sentido lingüístico. De este modo, la aclaración en tanto disolución de ciertos problemas muestra como improcedente a la filosofía tradicional.

Surgidos por confusiones concernientes a la gramática los problemas no son resueltos a través de pruebas y demostraciones o mediante postulación de nuevas teorías, sino que son disueltos por medio del análisis gramatical. La utilización del método de análisis gramatical o, más bien, de las distintas estra-

tegrías y técnicas filosóficas que le permiten al filósofo wittgensteiniano “rastrear el punto de rompimiento entre el lenguaje natural y el del filósofo tradicional” (p. 402), lleva a Tomasini a asegurar que no hay enigma filosófico que no pueda ser disuelto con estas estrategias y técnicas. “Y si hubiera —escribe— algún problema filosófico insoluble, un problema que fuera resistente al análisis gramatical, lo único que podemos decir es que no tenemos la menor idea de cuál pueda ser”. (p. 205.)

Llegados a este punto nos preguntamos si Tomasini no convierte a Wittgenstein en una especie de Hegel, aunque de signo contrario.

En tanto el objetivo de la revolución en el pensar que realiza Wittgenstein no es tanto la construcción de teorías sino analizar las teorías tradicionales mostrando su absurdo, es decir, desenredando los equívocos que subyacen en ellas, el modo de pensar de Wittgenstein es caracterizado como antifilosófico: a él no le interesa llegar a desvelar *la* verdad ya que ésta en tanto tal no existe, sino derrumbar los cimientos equivocados sobre los que la tradición ha pretendido sostenerse. Esta labor destructiva supone la previa, la de construcción; o sea, la revolución wittgensteiniana en el pensar hace necesaria a la tradición filosófica. “No creo —dice Tomasini— que sea una exageración afirmar que con Ludwig Wittgenstein la filosofía adquirió su verdadera función. En realidad, la filosofía anterior a la de Wittgenstein puede ser vista como un inevitable preámbulo para lo que es *el* modo correcto, esto es, no mitológico, de pensar”. (p. 429.)

Sin embargo, justo es decirlo, Tomasini no ve a Wittgenstein como una irrupción solitaria en la historia. En los capítulos de la última parte (“La naturaleza de la filosofía”) —que nosotros consideramos la más apropiada para iniciar la lectura del libro— se sitúa a Wittgenstein en la tradición iconoclasta de la filosofía. Heráclito y Nietzsche, Spinoza y Marx son, entre otros, pensadores de la tradición que tienen cierta convergencia con Wittgenstein en el ejercicio crítico del pensamiento. No obstante, aquí nos extraña la ausencia de Schopenhauer, filósofo que según algunos ejerció la mayor influencia en el pensamiento de Wittgenstein. Aunque, y quizá esta sea la razón de su ausencia, esta influencia es mucho más notable en el *Diario filosófico (1914-1916)* en donde Wittgenstein anotó: “Desconfianza frente a la gramática es la primera condición para filosofar”.¹

En el prólogo a las *Investigaciones filosóficas* se puede leer: “Que este trabajo, en su miseria y en la oscuridad de este tiempo, esté destinado a arrojar luz en un cerebro u otro, no es imposible, pero ciertamente no es probable”.² Al considerar inacabada la labor antifilosófica Tomasini quiere mostrarnos —y nos

¹ Ludwig Wittgenstein, *Diario filosófico (1914-1916)*. México, Origen/Planeta, 1986, p. 183.

desafía a discutirlo— que sí es probable en tanto él, por así decirlo, recibe la antorcha de Wittgenstein para continuar incendiando a la tradición y a las maneras actuales de pensar —aún aquellas que pretenden crear teorías con Wittgenstein como precursor— que no han dejado atrás los modos tradicionales de pensar. Concebido el ejercicio de la filosofía como liberador —en tanto destructor “de mitos cognitivos y de toda clase de fantasmas del pensar” (p. 408)— Tomasini nos da una reflexión sobre ciertos problemas clásicos de la filosofía pero también nos ofrece una exposición sobre la filosofía del último Wittgenstein desde dentro de ella misma. Su propósito, al disolver enigmas filosóficos, es recrear las posiciones de Wittgenstein al mismo tiempo que pensar wittgensteinianamente. En este sentido, Tomasini se asume como un practicante por cuenta propia de la filosofía wittgensteiniana.

² Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM/Crítica, 1988, p. 13.